

“Recordar es volver a vivir”

Lic. Teresa Lozano Ramírez

Esta frase la he escuchado cada vez que alguien se alegra por algún recuerdo, haciendo alusión a la forma como se siente al experimentar de nuevo el bienestar o la felicidad que tal o cual evento le causó en aquel momento. Pero hace algunos días me di cuenta de que hay recuerdos que también nos pueden hacer que revivamos aquello que creíamos superado y olvidado.

Hace un mes aproximadamente, una chica de 19 años sufrió un accidente automovilístico: el daño de su médula fue grave por lo que sufre una parálisis casi total. El día que fui a visitarla, todavía estaba en terapia intensiva; su madre sabía que yo había sufrido un accidente hace algunos años por lo que me pidió que platicara sobre mi experiencia.

En otras ocasiones en las que he hablado sobre ese accidente, el recordarlo me dolía, pero no como ese día. Esta vez fue algo diferente, fue volver a vivirlo todo: el miedo, la angustia, la desesperanza y la soledad que sentí cuando el neurocirujano, después de revisarme y estudiar mi resonancia magnética, me explicó que había sufrido una lesión a nivel de la quinta y sexta vértebra cervical; los discos intervertebrales estaban comprimiendo la médula espinal, la cual ya tenía cierto grado de deshidratación y que con un solo empujón o una inclinación fuerte de cabeza podría estrangularla, existiendo la posibilidad de quedar cuadraplégica.

Nos comentó el doctor que yo había sufrido la misma lesión que el actor Christopher Reeve (Superman) y que era necesaria una cirugía para liberar la médula, quitando los discos y haciendo un injerto con hueso de la cadera. Esto era muy difícil de creer para mí, ya que - aunque no tenía mucha sensibilidad en algunas partes de mi cuerpo y mis brazos y manos me ardían y se entumecían - no existía dolor en el cuello, lo que me hacía dudar del diagnóstico.

Pedimos otras opiniones y se me explicó que la compresión estaba en el centro de la médula y no tocaba ningún nervio, por lo que no había dolor y la cirugía era inevitable y urgente.

Por desgracia la cirugía tuvo que aplazarse más de quince días, debido a que una muela del juicio tenía que ser extraída antes de la cirugía de columna.

Fueron días en los que mi mente no dejaba de pensar en lo que sería vivir paralizada del cuello hacia abajo. No podía dejar de preocuparme por mis hijos y en lo que sentirían cuando, al llegar de la escuela a casa, me encontrarán maloliente, despeinada o con la nariz sucia; el pensar que mis hijas no podrían tener una vida normal porque se sentirían con la obligación de acompañarme o cuidarme. Sentía además miedo al pensar en la posibilidad de ser abandonada por mi esposo, cuando se cansara de sentirse obligado a estar a mi lado por mi situación. Lo peor era el sentir la desesperanza y la soledad, esa angustia y ese miedo que no me permitían creer en nada: era una sensación de abandono, donde no podía

hacer contacto ni con Dios y eso me dejaba indefensa ante el dolor espiritual que sentía en aquel entonces.

Era horrible no poder hablar con las personas que más quería sobre todo lo que estaba pensando y sintiendo, pues me imaginaba que ellos iban a sufrir lo mismo que yo y quería evitarles eso, por lo que cuidaba mucho de fingir tranquilidad y optimismo.

Hubo muchas noches en las que esperaba a que todos estuvieran dormidos para poder llorar a escondidas.

Recuerdo que un día, mi hermano Nacho vino a mi casa y no me encontró; no sé cuanto tiempo me esperó, lo que sí recuerdo es su cara de angustia cuando llegué y me dijo: “Tere, no sé cuando te operen, ni lo que puede suceder mientras eso sucede; lo único que te pido es que te cuides, que no salgas para que no te arriesgues y, si por alguna razón quedas inválida y cambia tu vida, quiero que sepas que la vida de todos los que te queremos no podría ser igual. A partir de hoy todos los días vendré después del trabajo para que juguemos cartas y te distraigas.”

Esas palabras me hicieron comprender que yo no era la única que estaba sufriendo, que los demás también lo hacían y que, al igual que yo, se cuidaban mucho para no preocuparme y que tampoco ellos querían estar solos en esa espera...

Creo que reviví la misma experiencia hace casi un mes fuera de terapia intensiva, donde cada uno de los miembros de la familia de la joven ocultaba su dolor y preocupación para que el otro estuviera mejor.

Ventana

ORAR EN EL DOLOR POR UNA PARÁLISIS

Señor, me siento muy distinto de los demás,
demasiado dependiente de todos.
¡Es verdaderamente frustrante verse limitado de este modo!

A veces me fastidian las fáciles recetas de los demás.
¡Qué fácil es hablar...!
Ya sé que no lo hacen para hundirme
y que quieren ayudarme,
pero me molestan las actitudes
que trivializan mi situación.

A pesar de todo, he aprendido a descubrir
el valor de los gestos sencillos.
La vida humana no se mide por la actividad,
sino por la capacidad de comprensión,
de intuición y de afecto.

En medio de mi desaliento, mi vida no es inútil.

CENTRO SAN CAMILO
VIDA Y SALUD
NO. 09 (2004)

Recuérdame, Señor, que también yo
tengo una misión que cumplir.
Aun impedido de moverme,
puedo dar más en testimonio de valor y de fe.
Ayúdame, Señor, a realizar este proyecto de vida.

Amén.

